

ESCRIBO
POEMAS PARA
NO ARROJARME
POR LA
VENTANA

JOHN GÓMEZ



John Gómez

**ESCRIBO POEMAS PARA NO
ARROJARME POR LA
VENTANA**

(Antología personal 2021-2026)



MÁSCARAS, 2021

Manifiesto

Si el poema no es un puñal
en el pecho del tirano,
si el poema no es una casa
para quien escapa del horror,
si el poema no es una mano
que te salva del vacío,
entonces, ¿para qué la poesía?

Solo

nos merecemos

el silencio.

El poeta

Hay quienes afirman que no se puede ser poeta si no se es francés,

que hay que tener el spleen ahí en el alma,

que hay que anegar la garganta con ajeno,

y caminar por la ribera del Sena al estilo de Rimbaud,

buscando quién le pegue un tiro en la palma de la mano.

Yo, que nací en Bucaramanga,

una ciudad en la que nunca pasa nada,

poco o nada sé de poesía.

Así que estoy jodido,

re-jodido,

pues no tengo ni siquiera

con quién pasar la noche

en Montpellier.

La palabra nada

Nada tiene la palabra nada
que se parezca a la nada misma.

Para empezar,
¿quién decidió llamarla nada
a la nada?

¿Por qué ese afán de nombrar aquello
que nos rehúye?

Pues nada se parece tan poco a la nada
como la palabra nada,
que ni lleva hache
—que es muda, al menos—.

¿No es, acaso, la mudez
la forma más precisa de nombrar la nada?

¿No sería lo mejor no decir nada?

Como nada dice un hombre

que observa la tumba de su madre,
enciende un cigarrillo
y luego se va
sintiendo eso,
precisamente,
nada.

La palabra amor

A Victoria

Amor es una palabra hueca
hasta que uno tiene un hijo,
y lo mira a los ojos,
a esos ojos grises que serán cafés,
y le dice
que por favor lo deje dormir,
que hay que trabajar,
que ya no más,
y uno no quiere mirarlo a los ojos
ni quiere mirar nada,
solo quiere aprovechar que aún es de noche,
recostar la cabeza,
dormir, aunque sea una hora,

pero el nene deja de llorar
y sonríe, de repente,
y uno siente c omo a la palabra amor
le nace un jardín
en el alma.

Promesa

A Victoria

Papá viene esta noche,
me arrullará sobre su pecho,
dibujará soles en mi frente,
se perderá en mi sonrisa,
intentará adivinar cuántos pasos,
cuántos saltos,
hacen falta para cruzar la sala,
reirá conmigo como ríen los monos,
jugaremos juntos
—estoy segura—,
pues algo me dice
que papá viene esta noche.

Y si no es esta noche,
y si aún no viene,
lo seguiré esperando
—como una flor que crece,
que se estira hacia el firmamento—,
confiando en que volverá,
que hará lo posible por estar conmigo,
porque yo soy su mundo
y porque él es mi papá.

El futuro

*I've seen the future, brother,
it is murder.*

LEONARD COHEN

¿Cómo decirle a mi hija
que en Colombia es más fácil
que te mate el Estado
la policía
el crimen organizado
—o ambulatorio—
que publicar un libro
o ganarse un concurso literario,
que debería desconfiar
de sus amigos
su pareja

los comentarios de un desconocido
y preservar la vida
su alegría e inocencia
como si batallara con rabia
contra el mundo entero
constantemente,
que las corporaciones devastaron la tierra
y los bancos son dueños de todo lo que hay,
toda la guerra, la miseria y el dolor,
que antes de llegar a la adultez
deberá aprender a defenderse
a escapar
a sobrevivir
como sobreviven
21 millones de banderas rojas
en los ventanales de las casas,
con los sueños raídos

de quien se aferra a la luz
de una bomba molotov
o una veladora
o el beso de su madre,
y que ese es el futuro
que le espera?

Quizás lo mejor sea decirle que lo siento
pedirle que me perdone
por haberla condenado
a la vida.

Poema algo triste

Llamar a tu ex de madrugada es algo triste.

Buscar la aprobación en la mirada de tus padres es algo triste.

Pagar por sexo, por la necesidad del contacto físico con otros, es algo triste.

Partirse el lomo por un salario de mierda es algo triste.

Ver cómo se quema Australia por culpa de la voracidad del capitalismo es algo triste.

Este poema es, también, algo triste:

un poema triste para gente triste.

Un poema triste para gente triste y sin amigos.

Un poema triste para leer en soledad,

esa soledad que suele ser, a veces, algo triste.

Como cuando vas solo a un restaurante nuevo, y pides «una mesa para uno»,

pues comer solo es algo triste.

Ir solo al cine, especialmente si vas a ver una película triste, es, también, algo triste.

Incluso, ir al psicólogo para dejar de estar tan triste es algo triste.

¿Habrà alguien que no se sienta un poco miserable en las mañanas?

¿Habrà alguien que no llegue a casa, a las nueve de la noche, arrastrando los pies y con el cuerpo adolorido como si lo hubiesen molido a golpes en un bar?

Pues vivir solo es algo triste.

Ir solo a un bar es, también, algo triste.

¿Dónde se guarda el exceso de tristeza que nos queda después de tanta soledad?

¿En qué parte de nuestro cuerpo está el órgano que se encarga (que debería encargarse) de filtrar este sentimiento de fatalidad que nos invade de repente?

Porque la autocompasión suele ser también algo triste.

Como este poema: un poema triste para gente triste que lee cosas tristes.

Gente a la que, a veces, la tristeza se le pasa, pero otras veces se le queda ahí, y se va acumulando con el tiempo.

Hay personas que, con los años, se convierten en masas informes, llenas de tristeza, que se deslizan por el mundo.

Como las gotas de lluvia pegadas a la ventana en una tarde triste.

Un aguacero de agujas heladas que cubre al mundo, que quiere apuñalarlo con su melancolía.

¿Y qué es el mundo sino un gran globo de tristeza que amenaza con romperse,

con volverse un agujero negro que lo devore todo, hasta que todo sea una gran ausencia?

Entonces ya nadie estará algo triste.

Ni nada triste.

Ni nada.

Ya nadie estará.

ESTO NO ES UN LIBRO DE POEMAS, 2022

Este poema no ganará ninguna beca

le juzgarán soso, irremediable,
nadie se ufanará de haberlo leído primero,
no será motivo de estudio en las universidades;
ni clásico, ni posmoderno,
no pertenece a ninguna época o estilo;
ni antipoema, ni ciberpoema,
pseudopoema, quizá,
o ni eso.

Este poema no ganará ninguna beca,
no será traducido al árabe o al búlgaro,
ni se convertirá en poema ilustrado
videopoema,
libropoema,
si acaso protopoema,
o, a lo mejor, un poema preciso

para hablar de los poemas
que nunca han podido
(ni podrán)
ganar concursos.

Esto no es un poema,

es una bomba de tiempo,

una amalgama de furia y frustración,

un cuchillo con el que asaltar un banco

o esparcir la mermelada

sobre el pan rancio

de la alacena.

Esto no es un poema,

son las últimas palabras

de un dios vagabundo

escritas en la arena

que se lleva el viento.

Y esto no es un poema

porque yo no soy poeta,

soy tan solo un instrumento,

una efigie

del fracaso.

Este poema lo encontré en la basura

entre cáscaras de fruta y colillas de cigarrillo.

Es un poema desechado

(deshecho)

que carga consigo toda su hediondez,

todo el abandono que tan bien conocen

los poemas que se escriben en la infancia.

Es un poema sin final,

un poema incompleto,

sin fuerza ni propósito,

un poema que pertenece a la basura,

que hace de la basura su propio espacio,

es entre otras cosas, un poema...

Efectivamente, este poema

no termina nunca.

Aprendí a soñar despierto cuando tenía cinco años,

a hacer, del acto de mirar arriba, una virtud,
caminar esquivando los baches invisibles,

las raíces de los árboles devorando el pavimento,
soñar, y seguir soñando, con el paso de los días,

perdurar toda una vida, sumido entre sueños
para, al fin, morirme así

con la mirada lejana
perdida

en el firmamento.

(El poema es una nube que se abre)

El poema puede ser un estofado,

o una nube de colores que se mete en la garganta,

puede ser algo ridículo, patético,

algo que no se puede definir, o que no importa,

cuya métrica atraviese un par de Estados neoliberales

o se vuelva parte de una revuelta en la China Popular.

Puede ser una cuchara con la que raspar el tedio,

o calentarse el tedio, para chutarse unos cuantos
gramos

— ¿de tedio? —

de olvido,

y levantarse al día siguiente

con una resaca tremenda

de tanta poesía.

A Boris Vian

Este poema

estaba lleno de violetas,
pero se volaron todas
en un último estruendo.

A Nicanor Parra

Para ganar becas es preciso

entender el poema

más allá de la poesía:

el poema como producto,

la poesía como aquello que se mide,

que se envía por correo en más de 500 versos,

con letra times new roman 12

e interlineado de 1.5

El poema como sobre de manila

que se entrega en un buzón

de 8 am a 4 pm,

y alguien firma un recibido,

y uno espera,

espera,

espera todo lo que puede,

y de pronto un correo

resalta entre los otros,

señalando al ganador

que nunca es uno.

Aprender a perder

es como montar en bicicleta,
es hacer de la derrota una disciplina,
fallar con gracia, con estilo,
hasta conseguir un cupo
en un mundial de perdedores,
pero no ir.

Mirar el avión alzando vuelo,
celebrar el fracaso en silencio.

si yo tuviera el renombre

del poeta Nicanor Parra

escribiría un artefacto

¡Cuidado!

perros tiernos

dueños bravos

lo pondría en una placa

(en un parque)

me cagaría de risa al pasar

no, no soy Nicanor

pero no importa

así está bien

no lamento

que el mundo se esté acabando

ni temo al enemigo invisible

sé que todos moriremos de cáncer

algún día

y el sol se volverá una supernova

que devorará entera la vía láctea

y está bien

lamento no poder colocar

un plato de comida en tu mesa

y que mi abuela se esté muriendo

sin notarlo

que todos los días
el amanecer me encuentre en casa
mientras otros padecen la lluvia
el frío
el hambre

que la vida no sea esa promesa
que aprendimos cuando niños
y que Dios mire hacia abajo
sin que le importe

que los años se sucedan uno a otro
y nada cambie realmente,
y leas este poema
esperando algo mejor

lamento
que si mañana

estalla la bomba atómica

yo seguiré pensando en ti

mientras tú pensarás, quizá

—antes de que el hongo radioactivo

te devore—

si vale la pena

haberme querido

aunque sea

un instante

MORIR, ESE PRIVILEGIO, 2024

la sombra que me anida

se conmueve

frente a palabras de aliento

gesta dentro de mí

un esfuerzo vano,

apuesta por la existencia

que falla miserablemente

lanza sus brazos abiertos

a la mañana

y los rayos del sol

pasan de largo / la atraviesan

se resiste,

quiere ser materia,

alquimia de lo sensible

que brota donde haya vida

es inútil,

como una caricia

el viento traspasa

el abismo interior

y silba una canción

que es apenas un arrullo

para todas las cosas muertas

naces a la luz

con flores en las manos

conmovida por un secreto anhelo

representas un sueño roto,

el culmen de todos los sueños

lloras, y tu llanto es un eco

que cobija la noche

luego te quedas dormida,

te vas sin despedirte

y yo, que nunca aprendí a nacer

tan solo me quedo allí,

buscándote entre las grietas

como único espectador

en este teatro en llamas

nunca antes

había deseado la muerte

tanto como ahora

nunca antes

había sentido reafirmarse

mi existencia

tanto como ahora

arrojarse al vacío y notar

que vivir no es tan diferente

de aprender Excel

pues nadie sabe Excel,

así como nadie sabe vivir

(no realmente)

y quizá de eso se trata,
torpe intento de meter el alma
entre viñetas

encasillarse en algo
y esperar que en el proceso
no se desordene
lo demás

la muerte

lame la punta de mis dedos

como un perro fiel

su cosquilleo

es una invitación

a caer

en un abismo

intemporal

caer

tan lentamente

que parezca

que aquí

no ha pasado

nada

escribo poemas

para no arrojarme

por la ventana

buscando una respuesta

en Dios,

o en el diablo

que ríen

mientras leen

estos versos

que nunca

salvarán

a nadie

ni siquiera

a mí

hay un pájaro azul en mi corazón

que quiere salir,

sentir la caricia del viento en su plumaje

se despierta a medianoche,

penetra en los nidos de otros pájaros,

desparrama las cosas por el suelo

comprende

que las dimensiones de la carne

son también las dimensiones del anhelo

se desdobra, entonces,

canta, justo antes del amanecer,

una canción sobre pájaros tristes

da saltos

de un lado a otro

y mi corazón retumba
con el eco de sus pasos

es un pequeño pájaro azul
que desconoce la forma
de sus alas

no sabe volar
pero quiere sentir
la caricia del viento,
el murmullo de las ramas
al inclinarse ante su sombra

se estrella contra las paredes
y mi corazón es una jaula
que trata de ensancharse
más allá de los límites
de su miedo

es un pájaro azul
entre muchos otros pájaros
que quiere salir,
que quiere volar
aunque no pueda

sueña que las nubes
acunan su cuerpecillo
de ave lastimada

que la llovizna existe
para lavar su desespero

ríe, mientras sueña,
y se refugia en su plumaje
para escapar del frío
que lleva dentro

luego se queda allí,
imaginando
que se desvanece al fin
en el celeste
de la mañana

A Carlos Rueda

entre la palabra

y el silencio

habita el poema

justo en el borde

de ese a

b

i

s

m

o

que dejamos

de ser

UN POEMA INFINITO

este poema no tiene final

tampoco es que tenga un inicio muy claro

más que un poema, es un bache en el tiempo

infinito, en su propia singularidad, pero inútil

es un poema innecesario que no cambiará la vida de
ninguno de aquellos que lo escuchen por primera vez

o que lo hayan escuchado más de 59 veces

probablemente no quepa en un libro, o sea un libro en sí
mismo

un libro pequeño, de esos que uno suele leer en el bus

(dependiendo del trayecto, claro)

no sé realmente donde acaba y no sé si termine de escribirlo nunca

(como un bus que uno toma con destino a cualquier lugar)

evidentemente es un poema que no dice nada

y si dice, aquello de lo que habla es ambiguo

es un sol de medianoche, insomne, que le teme a su propia luz

es una hendidura del tiempo en la que el tiempo se diluye dentro de sí mismo

como el azúcar en el café

como la sangre en la saliva cada vez que escupo en el lavamanos y noto que debería empezar a fumar menos

o a fumar más

al final, es cuestión de tiempo

¿y acaso nuestro tiempo no es otro bache en el espacio?

¿acaso cada uno de nosotros no es, también, infinito en su propia singularidad?

motas de polvo en un universo cada vez más grande

y, sin embargo, ¿quién podría abrazar a mi hija con la misma ternura con la que yo lo hago cada vez que se lastima las rodillas?

¿quién podría reemplazar el cariño ausente de mi madre en una infancia cada vez más difusa y, a la vez, más presente?

quizá el poema sí dice mucho más de lo que había imaginado líneas arriba

quizá mis poemas son mucho más que formas de espantar el tedio

y saber que no necesito demasiado para quebrarme del todo

sé que voy a terminar suicidándome en cualquier momento

que mi fantasma se quedará aquí, aferrándose a un dolor que, al igual que este poema, tampoco parece que vaya a terminar nunca

tener una enfermedad mental es como ser mordido por un hombre lobo

hay cosas que temo de mí, que sé que están en mí y pueden lastimar a otros

las palabras se me desbordan, casi que por necesidad

y hay días en que no puedo dejar de escribir

trato de darle forma a esto que siento por medio de imágenes más o menos imperfectas

(imprecisiones estéticas, nacidas de la mediocridad)

formas de romperse hacia adentro, con gran estruendo

permitir que algo cobre vida a partir de la nebulosa de
todo aquello que ya no soy

o, quizá, las palabras son tan solo modulaciones de la
voz, cuando las leo en voz alta

ideas al azar que pasan a través de mí

y se alargan, o se acortan, con los tiempos de la
respiración

así

o así

o quizá, es solo un pretexto, ¿no?, una forma de mentirnos, de convencernos de que todo va a estar bien

¿pero acaso toda la poesía no es eso mismo, un pretexto para escondernos de la vida?

nadie va a necesitar a un poeta para socorrer a un anciano que se desploma por causa de un infarto

(como se desplomó mi abuela en los brazos de mi madre hace algún tiempo ya)

y, sin embargo, ¿cuántos poemas no caben en las heridas de bala?

¿cuántos huérfanos no llorarían un poco menos si tuviesen un poema que los acunara por las noches?

cuatrocientos mil niños nacen, en promedio, cada día

y es tan difícil para mi abuelo olvidar el rostro de la
mujer que amó más de sesenta años

al punto de que le ha abierto la puerta a la demencia
para cerrarle, definitivamente, otra puerta al dolor

¿y de qué sirve la poesía si no es para terminar en llanto?

para sentir que, del otro lado de la muerte, hay una voz
que canta

(un enjambre de voces que canta en todos los idiomas y
me pide que me deje ir)

quizá es Dios, o quizá es un vagabundo a punto de
prenderse fuego en una noche de diciembre

¿no son la misma cosa?

este

es un poema que no acaba nunca

que no tiene final

y, sin embargo, termina así

abruptamente

con una breve exhalación

(como cada uno de nosotros)

TRES POEMAS EN PROSA

A menudo pienso en ti, Ted Kaczynski, sentado en la soledad de tu cabaña, mirando con horror al futuro mientras tus dedos precisos ensamblan tubos, filamentos, bujías y alambre ¿Sellabas los paquetes con tu saliva rancia?, ¿olía cada una de tus bombas a metal, miedo y desesperación?, ¿qué forma precisa de la fiebre goteaba en invierno sobre tus párpados? Fuiste un hijo de tu tiempo, Ted, un hijo del futuro devastado por la comida rápida, la transferencia de datos y las inteligencias artificiales. Apuesto a que odiabas las llamadas por teléfono. Lo tuyo eran las cartas: escribir manifiestos, sentir la brisa de otoño en tu barba desprolija. Apuesto a que temblabas cuando hacías el amor, que tus muslos delgados se movían azarosos y calientes bajo las sábanas, y tu espalda se encorvaba recordando temores primigenios. Hubieses querido abrirte un perfil en redes sociales, lo sé, te hubiese encantando ser la estrella ¿Quién no querría hacer match con tu infierno personal? Y odiar a los aviones y a las multinacionales, y cantarte por las noches cuando tengas pesadillas, y despertarte al día siguiente cuando debas reconocer que el sueño se hizo realidad. A menudo pienso en ti, Ted Kaczynski, y quisiera estar

contigo en tu cabaña (lo admito), abrazarte por la espalda y decirte que tranquilo, que no importa, que al final estaremos todos muertos, no hay afán.

En mis sueños más locos, Julio Cortázar toca mi boca, con un dedo todo el borde de mi boca, la dibuja como si saliera de su mano. Me mira, de cerca, cada vez más cerca, y entonces jugamos al cíclope. Lo miro de cerca yo también: su uniceja, peludo preámbulo de su voz gangosa, gorgoteo que invita al ahogo. Le pido que haga y me hace, y entonces soy Asterión. Lo persigo en el borde de sus fractales, siempre un paso detrás. Del otro lado de mí, amago y no lo consigo, no logro llegar. Agonizante, allego la causa de mi fracaso al hallazgo de la ceguera de quien pretende ser más que un amigo: confidente fanático de su fantasma, que persiste, me mira, me dibuja con su tacto y se va.

El presidente ha perdido un pedazo de su oreja, el 20% del pabellón auricular: cartílago mustio, ajado por los años, despedazado por la metralla. Memorial de todos los contratos firmados a media luz, los acuerdos que nunca conocieron el día siguiente, la claridad matutina. La oreja del presidente (lo que queda de ella) que se retuerce, se contorsiona a sus pies, mientras el presidente eleva el puño al cielo, ensayado para las cámaras y los reflectores, y un -20% de su portentosa estampa deja pasar los rayos del sol, incendiando la filigrana carmesí que recorre sus mejillas regordetas. A su alrededor los rostros se contraen en una mueca de espanto, aspirando, tratando de encontrar un poco más de aire en el aire, un poco más de aliento donde no hay nada, el restallido de la pólvora y luego el silencio inaudito, inmediato y eterno. Ojos que miran por entre la multitud, que corren entre las sombras como víboras hambrientas, sigilosos y hábiles, hasta hallar el punto de partida, el vector imposible, el cero inicial, velocidad por aceleración por tiempo, por el diámetro de una bala, por la fuerza ignífuga que empuja el detonante, martilleo preciso y presto, un clickear que se prolonga en el espacio y que termina besando la carne hasta morderla,

hasta hacerla pedazos en sus dientes de cobre: aleación de miradas que miran sin ver pero cómo no verlo si ahora es efigie, moralidad absoluta surgiendo del más anodino desierto de lo humano, como si alguien hubiese sembrado un principio de alma en el fragmento de semilla que cercena la piel. Y luego nada: todos los relojes completan el giro y las balas recorren la ruta esperada, ansiada, final. Un 20% de oreja replicada hasta el infinito en los titulares, hasta hacerse oír, monumento de carne que se transcribe en las urnas, que todo lo escucha, que todo lo sabe, pero no dice nada, ya no lo dirá.

**CINCO POEMAS PARA LA LLEGADA DEL FIN DEL
MUNDO**

todos los pirómanos que conozco

miran fijamente hacia los cerros
y dejan escapar una lágrima
que cae por su rostro ennegrecido,
formando oscuros riachuelos
en los que se reflejan las llamas,
refracción de incendios infinitos
que pretende emular a las estrellas

todos los pirómanos que conozco
miran las estrellas con emoción,
saben que en el seno de su brillo
hay un fuego que nunca se apaga,
que arde durante millones de años,
que consume todo lo que toca,
incluso (probablemente) a Dios
si se acerca lo suficiente

Laika

A 60 años luz del planeta tierra
la nave aún flota en el espacio,
2570 giros,
163 días,
y dentro de ella un ladrido
que espera un pedazo de pan.

Siria

El sonido de la pólvora
retumba en los cristales
de la habitación.

Al otro lado del mundo
un niño mira al cielo
y corre a refugiarse.

La sal

La sal tiene la costumbre
de entrar por la ventana,
de meterse en la mirada
o en el silencio de Teresa,
cuando mira al mar.

Nos hemos acostumbrado a la sal
pero no al llanto.

Todo está lleno de ausencia
aquí, en la casa.

La anciana teje en una esquina,
teje y desteje,
para deslizarse en el olvido.

Hace tiempo
que no piensa en los niños,

en su risa, en su jugar a la pelota,
con los pies descalzos
y las rodillas surcadas
por cicatrices viejas.

No es igual para Teresa,
que llora por las noches,
cuando la anciana duerme.

Llora y se mete al mar,
para disimular su llanto.

Los niños,
hace tiempo
que no piensan en la anciana,
ni en Teresa, o su jardín
de mariposas,
sino en la sal.

La brisa les revuelve los cabellos,
las sombras devoran
su larga procesión
lejos, muy lejos de casa.
Y mientras caminan,
lame el viento las caritas mojadas
de los niños,
y la sal se les diluye
entre las lágrimas

La balada del último hombre

El último en morir
por favor que apague la luz,
que salga de la ciudad gris,
que vaya a las montañas
y respire el aire frío de la niebla,
que se quede allí el día entero
contando pájaros,
sintiendo la lluvia caer,
que pruebe a contar también
cuantas casitas devora la hiedra
y le declame un par de poemas al eco,
que tararee una canción aprendida
en la niñez,
una copla o un refrán,
de esos que enseñan los abuelos,

y les pida perdón a los bichos,
a nombre nuestro.

Y por favor que apague la luz,
que cierre la puerta con cuidado
de una vez y para siempre.

UN ÚLTIMO POEMA DE AMOR

si aún escribiera poemas

te escribiría sobre trenes,
hablaría de las despedidas,
el poema, un viaje infinito
en el que solo cabemos los dos,
describiría
la luz oblicua en la ventana,
las formas emborronadas del paisaje,
tu sonrisa y la música,
la misma que suena en mi cabeza
cada vez que te miro fijamente,
sería un poema bellísimo,
estoy seguro,
te sacaría una lágrima, al menos,
y entonces me mirarías así
con ternura incandescente,
con mirada de fruta madura,

de calathea despertando al sol,
como tú, cuando te giras de repente
y mi cuerpo está ahí para recibirte,
y el amanecer tiene sentido,
y entonces tendría sentido
si aún escribiera poemas,
si estuvieras aquí para leerlos

A Jess

John Gómez



(Bucaramanga, Colombia, 1988). Magíster en Filosofía y escritor. Director de la plataforma cultural *Alter Vox Media* y la *Editorial Sátiro*. Creador del «Certamen Nacional de Poesía Basura John Gómez». Perdedor en infinidad de concursos, premios y convocatorias literarias. Autor de los libros *XIII* (2019), *Baladas Baladíes* (2020), *Poemas para lidiar con uno mismo de madrugada* (2021), *Máscaras* (2021), *Opus Diabolicum / El Evangelio de las Brujas* (2022), *Esto no es un libro de*

poemas (2022), *La mala suerte* (2024) y *Morir, ese privilegio* (2024). Poemas suyos han sido traducidos a varios idiomas. Ha hecho parte de un montón de festivales y ferias del libro, detesta las mafias alrededor de las instituciones culturales y sueña con la llegada del fin del mundo. También le gustan los mapaches.

Índice

MÁSCARAS, 2021	2
Manifiesto	3
El poeta	4
La palabra nada	5
La palabra amor	7
Promesa.....	9
El futuro.....	11
Poema algo triste	14
ESTO NO ES UN LIBRO DE POEMAS, 2022.....	17
Este poema no ganará ninguna beca.....	18
Esto no es un poema,.....	20
Este poema lo encontré en la basura	22
Aprendí a soñar despierto cuando tenía cinco años,	23
El poema puede ser un estofado,.....	24
Este poema	25
Para ganar becas es preciso.....	26
Aprender a perder.....	28

si yo tuviera el renombre.....	29
no lamento.....	30
MORIR, ESE PRIVILEGIO, 2024.....	33
la sombra que me anida	34
naces a la luz.....	36
nunca antes	38
la muerte	40
escribo poemas.....	41
hay un pájaro azul en mi corazón.....	42
entre la palabra.....	46
UN POEMA INFINITO.....	47
este poema no tiene final.....	48
TRES POEMAS EN PROSA	57
A menudo pienso en ti, Ted Kaczynski.....	58
En mis sueños más locos,.....	60
El presidente ha perdido un pedazo de su oreja	61
CINCO POEMAS PARA LA LLEGADA DEL FIN DEL MUNDO.....	63
todos los pirómanos que conozco	64

Laika.....	65
Siria	66
La sal.....	67
La balada del último hombre	70
UN ÚLTIMO POEMA DE AMOR	72
si aún escribiera poemas	73
John Gómez.....	75



Título: Escribo poemas para no arrojarme por la ventana.

Autor: John Gómez.

Edición digital Hoja en blanco. Mayo, 2026.

La presente obra fue aportada por el autor de manera voluntaria y gratuita a Hoja en Blanco con fines de difusión literaria. El autor conserva todos los derechos morales y patrimoniales sobre su trabajo. Esta edición está publicada bajo la siguiente licencia de uso *Creative Commons*:



Se permite copiar, descargar y compartir esta edición siempre y cuando se otorguen los créditos pertinentes. No pueden realizarse cambios de forma ni usarse con fines comerciales. La obra original no podrá ser reproducida en otro formato o edición sin la autorización previa y por escrito del autor.

Descarga gratis esta y otras obras en

www.hojaenblancoeditorial.com

